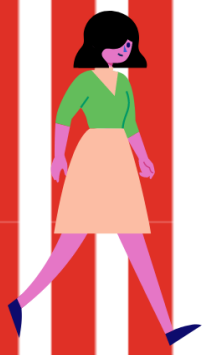
María se fue una mañana ...

María acababa de cumplir cincuenta años. Llevaba tiempo viendo cómo le salían canas. Llevaba tiempo cansada de llevar una vida que no le gustaba. Se miraba al espejo y recordaba el momento en que conoció a Mario. Parecía entonces el chico más amable del mundo. La quería, la quería con locura. Y, entonces, se casaron. Ella no pensó que tuviera que seguir trabajando en esa oficina de correos. Estaba muy a gusto, ganaba su nómina, había sacado sus oposiciones pero él la convenció para que lo dejara. No necesitaban dos sueldos. Ella sería la reina de la casa, cuidaría de sus hijos.

María se vuelve a mirar todos los días al espejo y ve sus ojeras. Sus hijos ya tienen casi treinta años y no viven más con ella. Apenas la llaman.
Lleva años mirándose al espejo, también, usando maquillaje alrededor de los ojos, no para disimular las ojeras, sino para disimular las manchas moradas que se quedan tras las palizas que Mario lleva tiempo propinándole.



María estaba cansada y agotada de vivir así. Consiguió sacar fuerzas para dar el paso y comenzar un nuevo viaje. Lo primero que hizo fue irse de casa y denunciar a Mario. María se sintió libre tras dejar atrás el infierno en el que vivía. Al cabo del tiempo tras recuperarse de sus heridas no sólo las externas que esas curaron primero, sino las internas que la hicieron pasar malos momentos, se dió cuenta de que había tomado la mejor decisión, que había sido fuerte y valiente para dejar atrás todo lo malo.

powered by
PIKTOCHART